

VIII

CIUDADANOS :

Es uso muy antiguo, especialmente en los pueblos republicanos, el de tributar honores fúnebres á los héroes que han muerto combatiendo por la patria y por la libertad.

El Congreso de la Federacion mexicana, fiel á esta santa costumbre y deseoso de honrar la memoria de los mártires de la independencia, para perpetuar el recuerdo de su noble sacrificio y para mantener viva la llama del amor patrio, comprendiendo la verdad de aquella

Pronunciado, por encargo del Poder Ejecutivo de la Union, en el Panteon de San Fernando de México, en el acto de depositarse allí las cenizas de los beneméritos generales Arteaga y Salazar, el dia 17 de Julio de 1869.

sentencia profunda que dice: que allí *donde se ofrecen á la virtud las mas hermosas recompensas, allí se encuentran los mejores ciudadanos* (1) mandó por un decreto solemne que se depositasen los restos de los ilustres generales José María Arteaga y Carlos Salazar en un monumento público con los honores debidos á su categoría y á su muerte.

El Supremo Poder Ejecutivo que tuvo el encargo de disponer lo necesario para cumplir aquella disposicion, hizo traer las cenizas de aquellos mártires, que reposaban en el Estado de Michoacan, y señaló el presente dia para inhumarlas solemnemente en este lugar.

Ademas, siguiendo todavía la antigua y respetada costumbre, quiso que un hombre del pueblo pronunciase una oracion fúnebre junto á la tumba de los héroes y este hombre del pueblo á quien el Supremo Gobierno se dignó señalar, soy yo (2), yo que profundamente reco-

(1) Tucídides, *Historia de la Guerra del Peloponeso*, lib. XI, cap. XLVI:

(2) La comunicacion en que consta el nombramiento dice así: « *Secretaría de Estado y del despacho de Gobernacion. — Seccion 2ª. — Deseoso el ciudadano Presidente de la República de honrar debidamente la*

nocido al honor que se me dispensa, confieso mi incapacidad para elevarme á la altura de mi comision; pero que la he aceptado gustoso para poder tributar á mi vez, sobre el sepulcro de tan grandes hombres, las flores humildes de mi inteligencia y de mi corazon.

Un célebre orador ateniense decia en una ocasion semejante, las siguientes palabras á propósito de los elogios fúnebres de los héroes: « La mayor parte de aquellos que han hablado aquí, han alabado al legislador que á las ceremonias establecidas por la ley, ha añadido un discurso. *Es justo, decian, que los guerreros*

memoria de los ilustres CC. generales José María Arteaga y Carlos Salazar que sucumbieron en la guerra que sostuvo México contra la intervencion francesa, defendiendo el buen nombre y la independencia de la República, y haciendo el debido aprecio á las dotes oratorias y virtudes cívicas que adornan á Vd., ha tenido á bien comisionarlo para que pronuncie una oracion fúnebre análoga á los hechos heroicos de tan esforzados varones, en el acto de ser depositados sus restos mortales en el Panteon, conforme al acuerdo del Congreso General. — Independencia y libertad. México, Julio 6 de 1869. — *Por ocupacion del ciudadano ministro, Joaquin M. Escoto, oficial mayor. — C. Ignacio Altamirano. — Presente.*

que han muerto combatiendo, reciban sobre su tumba este tributo de elogios. En cuanto á mí, creia que á hombres cuya bravura se ha señalado con hechos, bastaria tributarles honores de hecho, como los que veis aquí solemnemente preparados en derredor de la tumba; en lugar de hacer depender la creencia en las virtudes de tantos bravos, de un solo orador mas ó menos hábil en hacerlos valer (1). »

Con todo, aquel orador se conformó con la ley establecida y la república continuó, haciendo oír su palabra en elogio de los que morian por defenderla.

Hoy, en México, tratándose del general Arteaga y del general Salazar, esta palabra es necesaria, esta palabra falta en la historia que se escribe en Europa por nuestros enemigos, esta palabra es una voz de vindicacion y una prueba victoriosa que debemos colocar en la balanza de la justicia humana, esta palabra no es solamente un elogio de las víctimas de Uruápan, es la defensa del noble pueblo me-

(1) *Discurso fúnebre de Pericles*, en Tucídides, lib. XI, cap. xxxv.

xicano, ultrajado indignamente, calificado de salvaje en sus venganzas, desconocido en sus sacrificios, condenado ante la humanidad, despues de haber sido humillado con el despojo de sus libertades, infamado con el desprecio de su nombre, herido con la matanza de sus hijos ilustres.

El pueblo mexicano se presenta aquí, al borde de esta tumba, en presencia de los cadáveres de sus caudillos, y vertiendo lágrimas de sangre, con la amargura en el alma y con la razón de su derecho: severo, justo, altivo, sofocando sus gemidos, viene á decir á esa Europa que no ha querido oír: *Mira: esta es la justificacion de mi cólera, esta es la santificacion de mi justicia. Tú me condenas al sentir tus sufrimientos, concédeme razon, al comprender los míos. Hijo por hijo, el tuyo, cuya cabeza estaba consagrada por la tradicion, es igual á los míos cuya cabeza estaba consagrada por la virtud y por el patriotismo.*

« Tus odios, tus ambiciones y tu furor brutal fueron causa de que yo perdiera á estos hijos queridos. » ¿Qué extraño es, pues, que en mi venganza haya yo herido de

muerte á los que te sirvieron de instrumento?

Esto significa, esto debe significar, la oracion fúnebre pronunciada en honor de los mártires de la República.

Yo me limitaré, por tanto, á referir los hechos: yo que apenas me juzgo capaz en este momento, de arrodillarme al pié de esos atahudes benditos, yo que siento, al solo recuerdo del sacrificio de Arteaga y Salazar oprimírseme el corazón, nublárseme los ojos y turbárseme el espíritu, dominaré mi emocion profunda; y apelando á mis recuerdos y á los de los patriotas que nos acompañaron en la lucha por la libertad, referiré los sucesos tristes que esas cenizas nos traen á la memoria y dejaré hablar despues á mi corazón.

Así, pues, conciudadanos, vais á escuchar en mi voz la voz de la historia, la voz del patriotismo y la voz del dolor.

La historia de los mártires de Uruápam, es un canto de la epopeya republicana, es una página eterna en el libro de la libertad, es un hecho tal vez, el mas trascendental de nuestra guerra contra el Imperio francés; porque este hecho tiene una relacion lógica, fatal con el fin

de Maximiliano, y todo aquel que fija los ojos en el patíbulo del *Cerro de las Campanas*, no puede menos que volverlos en seguida para contemplar el cadalso de Uruápam.

La historia ha encadenado los dos suplicios con hilos de diamante, la filosofía los examina alternativamente con profunda tristeza, la humanidad recibe considerándolos una leccion que le hace verter lágrimas de fuego.

¡Oh, la sangre! ¡la sangre! siempre turbando con su vapor terrible la razon del género humano.

Para hablar del sacrificio de Arteaga y de Salazar, es preciso pintar aunque sea en breves palabras el cuadro de la República en 1865. Este año fué el mas desgraciado de nuestra guerra; fué un año maldito, y cuyo recuerdo produce en el alma de los patriotas una sensacion extraña, en la que se mezclan confusamente la amargura, la desesperacion, el tedio.

En el de 62 se revistió nuestro cielo con las palmas del triunfo, y nuestras banderas se adornaron con las coronas del 5 de Mayo. En el de 63, si la fortuna no quiso prodigarnos su sonrisa, al menos el hermoso aunque desgraciado combate satisfizo nuestro orgullo nacio-

nal y alentó nuestras esperanzas. Perdiámos las plazas una á una, pero nuestros ejércitos aún compactos y numerosos y llenos de ardimiento, no se retiraban sino para volver á recobrar lo perdido ó para tomar posiciones ventajosas.

Era el tiempo de la guerra estratégica, se dejaba ensanchar al invasor con intencion de debilitarlo. El país era inmenso, el conquistador que fácilmente invade, difícilmente conserva todos los lugares invadidos. Esta verdad era una esperanza, y servia de fundamento á los planes de los guerreros.

En el año de 64 comenzaron las defecciones: aquellos para quienes la dificultad, la miseria y el infortunio son razones suficientes para no cumplir con un deber, desertaban á millares, del ejército.

El príncipe Maximiliano llegaba de Europa en alas de su ambicion y apoyado por las promesas falsas é infames de Napoleón III, por los millones del empréstito, por las bayonetas del ejército invasor y por los esfuerzos inauditos del partido que lo habia proclamado aquí.

Al llegar á la antigua capital de la República

trasformada en corte, adonde parecian plantearse para siempre las instituciones monárquicas, Maximiliano abandonando inesperadamente las tradiciones de esclusivismo y de proscripcion del partido que lo habia llamado, abrió los brazos á los tráfugas de la República y pobló la atmósfera imperial de promesas liberales. Despues, comenzó á seguir una senda liberal y apartó de sí á los hombres del antiguo partido conservador, que estaban llamados á ser su natural apoyo.

No era necesario mas: numerosos partidarios nuestros, fascinados, desalentados, espantados por la desgracia ó creyendo verdaderamente en la consolidacion del imperio, se precipitaron en los brazos abiertos que los recibian amistosamente, y que les daban un puesto en la nueva situacion.

Entre estos desertores se hallaban en primer término el gefe del ejército del centro, Uruga, uno de nuestros prohombres, y muchos de sus altos oficiales.

Nuestras tropas se disminuian; en sus filas cundian el desaliento y la desmoralizacion; la suerte de las armas no nos favorecia ya sino por algunos instantes.

Pero al menos, los que permanecian fieles á la República no estaban sujetos ya á sospecha, las amarguras de la prueba templaban las almas, y podia decirse de los soldados que resistian á la seduccion, que valian mucho *non numero, sed pondere*.

Pero al menos, conservábamnos en Oriente la plaza fortificada de Oaxaca con su aguerrida guarnicion y su bravo caudillo, en Occidente un puñado de héroes que con Rosales, Patoni y Corona á la cabeza, se cubrian de gloria derrotando á los franceses en San Pedro, aniquilando á los intervencionistas en Culiacan y luchando sin descanso en las montañas de Sinaloa y en las costas. Aun teniamos una faja entera de pueblos indómitos en el Sur, y algunos puertos en el Pacífico; en el centro aun contábamnos con esa legion de atletas, ni por un momento inactivos, jamás desalentados, á quienes daban el ejemplo Arteaga, Salazar, Pueblita, Romero, Régules, Riva-Palacio y una decena de caudillos osados y llenos de fé.

En el Norte aun flameaba imponente la bandera nacional, rodeada en Chihuahua de multitud de bravos. El gobierno de la nacion aun

solia ser saludado con algunos himnos de triunfo.

La situacion, pues, no era aún desesperada en 1864.

Pero ¡ay! con los primeros albores siniestros de 65, pareció ahuyentarse para siempre la esperanza, de nuestro lado.

Cayó Oajaca, se ocuparon Acapulco y Guaymas, se adhirieron al imperio los bárbaros de Sonora, y los republicanos de Sinaloa se redujeron á una guerra defensiva y sangrienta en las montañas y en las costas, despues de morir Rosales y de ausentarse Patoni.

El gobierno nacional era obligado á salir de Chihuahua para el Paso del Norte; el valiente Nicolás Romero era fusilado por los franceses aquí, y el heróico ejército del centro, era rodeado por todas partes. Se hacia contra él una batida general, y se le perseguia á muerte como á una partida de animales feroces.

La historia de ese valiente ejército es quizás la mas interesante de la guerra pasada, por la grandeza de los sufrimientos que soportó, y de las luchas que se vió obligado á emprender.

Figuraos, ciudadanos, ó recordad, si lo visteis, aquel cuadro.

Batallones escasos de hombres, enflaquecidos por el hambre y por la fatiga, cubiertos de harapos, pálidos por la fiebre ó por el insomnio, desprovistos de buenas armas y de parque; aquellos infelices soldados tenian necesidad de hacer durante el dia y aun de noche, larguísimas jornadas para atacar con éxito al enemigo ó para evitar ser sorprendidos por él; y así, estenuados y desnudos atravesaban sin murmurar, sin desfallecer, los espesos y terribles breñales del Sur de Michoacan, las llanuras inmensas y mal sanas de la tierra caliente, donde la fiebre los diezaba, y las ásperas é inaccesibles montañas cuyas rocas despedaban sus piés desnudos, cuyas vertientes en tiempo de aguas los arrastraban en su rápida corriente. Y así combatidos por un sol abrasador durante el dia, por aguaceros espantosos durante la noche, por el hambre, por el cansancio, por las enfermedades, por los insectos y por un enemigo tenaz, aguerrido, provisto de todo, hasta el lujo, numeroso y conocedor del terreno, los héroes de Michoacan luchaban sin descanso, luchaban sin desaliento,

acometian á sus adversarios con bravura y con júbilo, y sucumbian á la sombra de la bandera santa de la República, exhalando en sus últimos suspiros un ¡viva México! cuya energia completaban la sonrisa de semidios del héroe y la mirada orgullosa del patriota sin mancha en que se reflejaban los fulgores divinos del sol de la libertad.

¡Así morian siempre esos soldados! Así los contemplaba en el lugar del combate, el génio de la patria, cuando durante la noche silenciosa, bajaba á verter sobre ellos las lágrimas de su amor, y á recoger sus nombres en el libro de la inmortalidad.

Semejantes héroes tenian caudillos dignos de ellos. Ya los mencionó mi labio con respeto. Voy á hablar ahora, solo del primero y de su compañero en el martirio: de José María Arteaga y de Carlos Salazar.

¿Quién no recuerda á Arteaga? ¿Quién no reproduce en su imaginacion la figura de aquel soldado cuya fisonomía era eminentemente popular, franca, risueña, en que se retrataban todos los bellos sentimientos de un corazón noble y elevado?

Arteaga era un tipo verdaderamente repu-

blicano. Sencillo en sus costumbres, recordaba con ellas á los soldados de la antigua Roma, ó á nuestros héroes de 1810. Afable con todos, cariñoso con el soldado, modesto hasta la humildad, Arteaga sin embargo poseía una bravura de león. Su carrera se había ilustrado en cien combates. Tenía el cuerpo acribillado de heridas: las guerras civiles le habían marcado sus huellas, la guerra contra los americanos del Norte le había dejado gloriosas cicatrices, los salvajes de la frontera le habían atravesado con sus dardos; en la guerra de reforma, selló también con su sangre sus principios progresistas y habiendo sido el primer soldado de la República que había combatido con los franceses defendiendo las cumbres de Acultzingo, fué también el primer caudillo que regó con su sangre el camino que debía repasar bien pronto el invasor, huyendo de Puebla.

Así pues, Arteaga era un monumento vivo y glorioso de nuestras guerras de independencia y de libertad. Solía decir, alegremente á sus compañeros de armas, *que no había enemigo que no lo hiriese*. Las heridas que recibió en Querétaro en la guerra de reforma y en Acultzingo en 1862 aun no estaban cerradas y

le hacían sufrir horribles torturas. Tenía las piernas casi inútiles y necesitaba una curación constante para vivir. En semejante estado servía en el ejército del centro, á las órdenes de Uruga. Cuando este general intentaba defecionar, Arteaga que comprendió sus proyectos se opuso enérgicamente á ellos y procuró con todas sus fuerzas combatirlos. Se concitó por eso la animadversión profunda de ese jefe; pero el gobierno, haciéndole justicia al ver realizada la defección de Uruga, lo nombró general en jefe del ejército que este mandaba. No faltaron sin embargo seducciones para atraerlo también al lado del imperio. Arteaga las rechazó indignado y altivo.

Algun jefe de los que, desalentados iban á seguir á Uruga, le preguntó una vez, qué era lo que esperaba, en el estado que guardaba el partido republicano, y en el estado de gravedad que le aquejaba á él. « *Espero le contestó Arteaga, el cadalso, no me queda otro porvenir, pero me enorgullece pensar que voy á morir por la libertad.* » Sublimas palabras que consagró con su sacrificio y que deben recogerse en las tablas de bronce de la patria, para mostrarlas con orgullo á la posteridad.

Después de separado de Uraga Arteaga, se vino á Michoacan. Allí pensó, y con justicia, que se prolongaría con éxito la lucha. En su marcha sufrió dos desastres. Fué batido por los franceses en Jiquilpan y después en Tingüindín.

Con el resto de sus tropas se dirigió á Huetamo, en donde confió á Riva Palacio el mando de sus fuerzas y el gobierno de Michoacan. Después se fué á Tacámbaro, moribundo, pero un poco restablecido, instó vivamente porque se le permitiese sufrir las fatigas consiguientes á su cargo, á pesar de las suplicas de sus subordinados, que temían verlo morir en medio de aquellas marchas que hacian sucumbir á los mas robustos.

Arteaga no quiso escuchar; tomó el mando y comenzó entonces esa série de operaciones rápidas y terribles que tanto miedo infundieron al Imperio, que no se creyó seguro mientras alentasen aquellos soldados atrevidos y prodigiosos que en el seno mismo de la monarquía, eran la protesta armada de la República, protesta imponente, audaz y gigantesca.

En ese año de 65 luctuoso y fatal, Arteaga

logró arrancar á fuerza de valor una concesion á la esquivia suerte. Régules tomó á viva fuerza en un combate que le hará siempre honor, la plaza de Tacámbaro, y cogió prisionera á su guarnicion belga. Esto fué el 11 de Abril.

El 19 de Junio, Arteaga en persona teniendo á sus órdenes á Riva Palacio y á Régules, tomó la plaza de Uruápan defendida por Lémus, coronel imperialista, que, hecho prisionero, fué fusilado en cumplimiento de las leyes de la República. En seguida y sabiendo que marchaban sobre nuestro ejército varias columnas enemigas, Arteaga se dirigió á San Antonio de las Huertas y de allí á Tacámbaro, donde lo alcanzó el coronel Van-der-Smissen. Arteaga tomó posiciones en Cerro Hueco y le presentó batalla; fuéle adversa la fortuna, perdió la mayor parte de sus elementos de guerra, desbandáronse sus soldados, ó murieron ó cayeron prisioneros, y el mismo general en jefe en su retirada se salvó de la muerte, de una manera prodigiosa.

Pasaba por un camino estrecho y practicado en el borde del tajo perpendicular de una roca. El caballo del general resbaló por aquel borde y cayó con su ginete en el abismo. Mu-